

REIVINDICACIÓN DEL CERVANTES POETA

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS

Universidad Complutense de Madrid

Miguel de Cervantes es, sin duda, uno de los narradores más geniales e influyentes de la cultura occidental. El más influyente si tenemos en cuenta que hoy en día escribimos y leemos novela a partir del modelo que él creó con sus *Quijotes* (1605 y 1615) y que los lectores ingleses y alemanes supieron entender y reivindicar a partir del siglo XVIII. Un novelista que nos sigue sorprendiendo con su «mesa de trucos», con su capacidad de llevar los géneros, temas y personajes de su tiempo a los límites de la ficción. Nadie fue capaz de hacerlo antes y muy pocos han sido los llamados a seguirle a partir de entonces.

La reivindicación de Cervantes como padre de la novela moderna fue un camino largo en el tiempo, y no siempre lleno de luces ni de adhesiones. A principios del siglo XVIII, los ilustrados franceses y españoles defendían la supremacía literaria del *Quijote* de Avellaneda, de la falsa continuación del *Quijote*, frente al texto cervantino. Menos mal que en esta disputa literaria triunfaron las lecturas inglesas y alemanas. De otro modo, Cervantes sería hoy una nota a pie de página y otro el modelo narrativo al que estaríamos acostumbrados.

Pero esta reivindicación de la supremacía narrativa de Cervantes tiene también sus daños colaterales. Y uno de ellos va a ser

dejar en un segundo plano los otros géneros, los otros textos a los que dedicó Cervantes buena parte de su vida, en especial el teatro y la poesía. Solo en los poemas más narrativos, Cervantes consigue levantar vuelo poético puede leerse en la mayoría de las monografías o de los manuales dedicados a nuestro autor o a la literatura de los Siglos de Oro. Nada más lejos de la realidad.

Miguel de Cervantes fue poeta. Y lo fue en una época en la que ser poeta y ser escritor era una misma cosa, no podía entenderse la una sin la otra. La poesía es la base de la literatura... y también de la vida. La poesía que se escucha en las plazas, que se aprende de memoria, que se recita alrededor de los fogones y de los braseros o de las chimeneas; poesía que se canta en la cuna y que se llora en los cementerios; poesía que permite hablar del amor —siguiendo una retórica petrarquista muy alejada de nuestra sentimentalidad— pero que no desdeña hacerlo de los acontecimientos históricos del momento, como la muerte de un rey, las batallas ganadas o perdidas o los rumores que llenan de risas los mentideros de la época. Poesía que es vida porque no se puede entender la vida de un escritor sin poesía.

Y así sucede con Cervantes, con el Cervantes escritor, ese «príncipe de los ingenios» que el tiempo ha ido simplificando hasta convertirlo en una estatua de bronce o el perfil frío del mármol.

Cervantes nunca dejó de escribir poesía. Cervantes no podía entender la vida sin la poesía, ni tampoco la poesía sin llenarla de vida: la vida de las lecturas, la vida de la tradición, la vida de los maestros, pero también la vida de la calle y de los gritos en las esquinas.

MIGUEL DE CERVANTES, ¿CRÍTICO LITERARIO DE SÍ MISMO?

En el capítulo 16 de la segunda parte del *Quijote* (1615), Miguel de Cervantes nos regala una de las más hermosas —y certeras— definiciones de la poesía, de la poesía de su tiempo y de la poesía de todos los tiempos. Lo hace en conversación con Diego de Mi-

randa, el Caballero del Verde Gabán, que aún está en la cuerda floja de considerar al hidalgo manchego un necio o un genio. La poesía como crisol de todas las ciencias:

La Poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios¹ (*Quijote*, II, cap. 16)².

Unos años antes, Cervantes dejaba escrita su opinión sobre la poesía en otras dos obras esenciales: *La gitanilla*, la primera de las novelas ejemplares, que vio la luz en 1613 (aunque escrita hacia 1610) y el *Viaje del Parnaso*, de se publicó un año después en Madrid. En esta última obra, de nuevo aparece la imagen de la poesía como de una doncella, que se aleja de los premios y de los reconocimientos y, sobre todo, del respeto del «ignorante vulgo»:

La nuestra, en esto, universal señora,
digo, la poesía verdadera
(que con Timbreo y con las musas mora),
en vestido sucinto, a la ligera,
el monte discurrió y abrazó a todos,
hermosa sobremodo y placentera.

¹ A este desprecio por la poesía satírica —que sí que fue transitada por la mayoría de los poetas de su tiempo— hará referencia en el *Viaje del Parnaso*: «Nunca voló la humilde pluma mía / por la región satírica, bajeza / que a infames premios y desgracias guía» (IV, vv. 34-36). Cito por la reciente edición de José Montero Reguera y Fernando Romo Feito, *Viaje del Parnaso y poesías sueltas*, Madrid, RAE, 2016.

² Las citas del *Quijote* proceden de mi edición publicada por Sial Ediciones en 2018, con ilustraciones de Daniel Vierge.

«¡Oh sangre vencedora de los godos!»,
dijo: «De aquí adelante ser tratada
con más suaves y discretos modos
espero ser, y siempre respectada
del ignorante vulgo, que no alcanza
que, puesto que soy pobre, soy honrada.
Las riquezas os dejo en esperanza,
pero no en posesión, premio seguro
que al reino aspira de la inmensa holganza. (VIII, vv. 190-204)

Por su parte, en la novela ejemplar de *La gitanilla* el contexto narrativo que propiciará el comentario y el posicionamiento poético cervantino será el diálogo entre Preciosa y el poeta enamorado, que le ha entregado unos romances por el solo placer de sentirlos cantados en la voz de la joven:

—Pues la verdad que quiero que me diga —dijo Preciosa— es si por ventura es poeta.

—A serlo —replicó el paje—, forzosamente había de ser por ventura. Pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen; y así, yo no lo soy, sino un aficionado a la poesía. Y para lo que he menester, no voy a pedir ni a buscar versos ajenos; los que te di son míos, y estos que te doy agora también; mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera.

—¿Tan malo es ser poeta? —replicó Preciosa.

—No es malo —dijo el paje—; pero el ser poeta a solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día ni la muestra a todas gentes, ni a cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre. La poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discreción más alta. Es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las

flores la alegran, y, finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican.

—Con todo eso —respondió Preciosa—, he oído decir que es pobrísima y que tiene algo de mendiga.

—Antes es al revés —dijo el paje—, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que la alcanzan pocos³.

Con estas y otras tantas citas a lo largo de su obra, el Cervantes-escritor ha ido convirtiéndose con el tiempo en un crítico literario, en uno de los mejores críticos literarios de todos los tiempos, en uno de esos autores que se leen con lupa para desentrañar su opinión sobre la literatura de su época. Opiniones que se vuelven casi «dogmas» interpretativos, muchas veces alejados de la primera intención del propio autor (y, normalmente sacados de contexto). Sin duda, la punta del iceberg de este proceso lo tenemos en la frase «cuál más, cuál menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel, ni estotro que el otro», que le espeta el canónigo de Toledo a don Quijote al hablar de los libros de caballerías de su tiempo (*Quijote*, I, cap. 47). Y esta frase en boca de un autor de libros de caballerías (confiesa que lleva escritos más de cien folios), que, en este contexto, critica a un modelo particular de libros de caballerías (los de entretenimiento) que triunfa a finales del siglo XVI, y contra los que Cervantes ofrece su *Quijote*, su particular libro de caballerías, se ha convertido en la losa crítica que hoy en día —más por pereza científica y falta de lecturas actuales— siguen repitiendo muchos manuales y estudios contra los libros de caballerías como género. ¡Usando a Cervantes como autoridad crítica cuando es uno de los mejores autores de libros de caballerías de todos los tiempos!

Además de este caso —o de las críticas al teatro de su momento en este mismo episodio—, en dos ocasiones, Cervantes va a

³ Cito por la edición de Jorge García López, Barcelona, Crítica, 2001.

utilizar sus obras literarias para arrogarse el puesto de juez de la literatura, de la poesía de su época: el conocido como «Canto de Calíope» en *La Galatea* (1585), su primer libro publicado, y en el *Viaje del Parnaso* (1614), la única de sus obras poéticas que se difundió en letras de molde. Incluso en su libro de pastores de 1585, se permitirá ser uno de los primeros que alabará la obra de un jovencísimo Góngora, que con los años será el único que intentará arrebatarse a Lope el cetro de la monarquía literaria, como se verá en los poemas seleccionados en esta antología.

Pero la finura crítica de la que hace gala Cervantes a la hora de hablar de otros poetas, ¿la encontramos en las referencias que hace de sí mismo? ¿O han sabido los críticos de varios siglos interpretar en su contexto lo que el propio Cervantes escribió sobre sí mismo?⁴ En tres ocasiones, personajes cervantinos hablan del poeta Cervantes y no con palabras muy elogiosas. En el primer caso, en el escrutinio de la biblioteca de don Quijote (I, cap. 6), cuando encuentran entre los libros de pastores un ejemplar de *La Galatea*. El cura salva el libro —aunque lo deja en la prisión de la biblioteca del barbero— con estas palabras:

Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención: propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.

Y unos años después, en 1614, cuando publica sus *Ocho comedias y ocho entremeses*, se hace eco en su «Prólogo al lector» de la opinión

⁴ La bibliografía sobre el tema no ha dejado de crecer en los últimos tiempos. Para más detalles y para una visión de conjunto, recomiendo la lectura del espléndido ensayo de José Montero Reguera, *Miguel de Cervantes. El poeta que fue novelista*, Madrid, Pígmalión, 2021.

de un librero que repetía lo escuchado a un «autor de título»: «En esta sazón me dijo un librero que él me las comprara, si un autor de título no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que, del verso, nada»⁵. Una cita que suele quedarse aquí, pero que tiene su puntilla crítica del propio Cervantes contra el teatro que triunfa en los Corrales de Comedias después del *Arte nuevo* de Lope de Vega, en donde sus versos —en realidad, sus obras de teatro en verso— se defienden por encima de las escritas y representadas por estos años⁶: «Y si va a decir la verdad, cierto que me dio pesadumbre el oírlo, y dije entre mí: “O yo me he mudado en otro o los tiempos se han mejorado mucho”, sucediendo siempre al revés pues siempre se alaban los pasados tiempos» (p. 14).

El tercer testimonio tiene al propio escritor como protagonista, a Cervantes que habla de sí mismo en estos términos en el *Viaje del Parnaso* (1614):

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo... (I, vv. 25-28)⁷

Si a estas últimas citas, sacadas de contexto y entendidas como «confesiones literarias» del propio Cervantes, se le une la gran-

⁵ Cito por la edición al cuidado de Luis Gómez Canseco, Madrid, RAE, 2015, pp. 13-14.

⁶ No se olvide que Miguel de Cervantes es uno de los primeros escritores de teatro que llevarán sus obras a la imprenta, unos años antes de que Lope de Vega haga lo mismo para preservar la calidad y la autenticidad de sus textos. Y esta novedad editorial de Miguel de Cervantes, la acompañará de un título en 1614 donde destaca que son obras que solo pueden ser conocidas gracias a las letras de molde, pues nunca han pasado por los corrales de Comedia: «Ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados».

⁷ Estos versos, que situados en el contexto de su época, adquieren otro sentido, han sido estudiados por Rodrigo Olay Valdés, «Reconsideraciones de la poesía cervantina: los defectos métricos y estilísticos de Cervantes», *Anales Cervantinos*, 45 (2013), pp. 293-324.

deza del *Quijote*, que no ha dejado de crecer con los siglos, en especial después de la lectura inglesa del siglo XVIII y el triunfo de una interpretación romántica en el XIX, ya tenemos delante de nosotros el caldo de cultivo que llevó a buena parte de los críticos a menospreciar al Cervantes poeta (y dramaturgo) frente al Cervantes novelista, como si el Cervantes escritor pudiera dividirse, como si la poesía no fuera la columna vertebral de su construcción literaria, la de cualquier escritor de su tiempo; como si la poesía no fuera un elemento esencial y presente en todas sus obras en prosa, en un entrelazamiento propio y habitual por aquellos años.

MIGUEL DE CERVANTES, CELEBRADO POETA EN SU ÉPOCA

Lope de Vega en su *El laurel de Apolo* (1630) nos regaló uno de los mayores elogios sobre quien fue uno de sus enemigos literarios desde los primeros años del siglo XVII, y uno de sus amigos en los anteriores:

En la batalla donde el rayo austrino
hijo inmortal del águila famosa
ganó las hojas del laurel divino
al rey de Asia en la campaña undosa
la fortuna insidiosa
hirió la mano de Miguel de Cervantes;
pero su ingenio en versos de diamantes
los del plomo volvió con tanta gloria
que por dulces, sonoros y elegantes
dieron eternidad a su memoria
porque se diga que una mano herida
pudo dar a su dueño eterna vida⁸.

⁸ Cito por la edición de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 2007.

«Versos de diamante» gracias al ingenio de Cervantes... ¡Qué hermosura! ¡Qué certeza crítica!

Se repite como un mantra la enemistad entre Cervantes y Lope de Vega en los manuales de historia literaria; pero no siempre entre ellos corrieron los versos difamatorios y los desplantes en las Academias, con «huevos estrellados» en vez de anteojos. Se olvida recordar los versos laudatorios que se intercambiaron hasta 1604. Sin ir más lejos, solo hay que recordar el soneto que Cervantes escribe para la segunda edición de la *Dragontea* de Lope de Vega (1602), donde las alabanzas del género se entremezclan con la admiración al amigo, como puede leerse en nuestra antología.

Miguel de Cervantes amó y disfrutó «del arte dulce de la agradable poesía» durante toda su vida, desde «sus tiernos años» si tenemos por verdaderos los versos del *Viaje del Parnaso* (vv. 31-32). Y como tantos otros hidalgos de la época, tantos otros que se buscaban la vida profesional en ese mundo en construcción que era la Monarquía Hispánica y su, cada vez, más complejo engranaje burocrático, Miguel de Cervantes no dejó nunca de escribir versos. Versos, como sus romances, que le dieron cierta fama en su época.

Gracias al juicio al que es sometido Lope de Vega en 1588 por unos libelos difamatorios que habían circulado por la Corte el año anterior contra la que había sido hasta entonces su amante, Elena Osorio, y contra su padre, Jerónimo Velázquez, el *autor de comedias* más influyente de Madrid, tenemos un testimonio coetáneo que permite comprobar cómo Miguel de Cervantes no solo escribía por aquel entonces romances, sino que era considerado uno de los cinco romancistas más reconocidos. Un Miguel de Cervantes que, por su trabajo como agente de negocios y como escritor de comedias, también se había relacionado con el matrimonio Velázquez-Osorio. El juicio sobre Cervantes es del poeta Luis de Vargas Manrique, hijo del secretario Diego de Vargas, según el testimonio de Amaro Benítez recogido por el juez el 3 de enero

de 1588 dentro de las diligencias procesales, que terminarán con Lope de Vega exiliado de Madrid por unos años. En su declaración, Amaro Benítez rememora una experiencia vivida en el Corral del Príncipe a finales del mes de diciembre, en una representación de la compañía italiana de Ganossa:

y lo que más sabe es que habrá como diez días, poco más o menos, que estando este testigo en el corral de las comedias en la calle del Príncipe oyendo a los italianos, un don Andrés, que no sabe más nombre de que dicen es hijo de un médico y suele andar con un hijo del Corregidor de esta villa, sentados en un banco este testigo y don Luis de Vargas, el dicho don Andrés les leyó a ambos juntos un romance a modo de sátira que decía mal de la dicha Elena Osorio y Ana Velázquez y otra doña Juana de Ribera que este testigo no la conoce; y luego como el dicho don Luis de Vargas luego como le leyó dijo:

—Este romance es del estilo de cuatro o cinco que solos lo podrán hacer, que podrá ser de Liñán, y no está aquí, y de Cervantes y no está aquí, pues mío no es, puede ser de Vivar o de Lope de Vega⁹.

Cervantes nunca dejó de escribir romances, como tampoco dejó de ser conocido y recordado por uno de sus textos más celebrados y copiados en los cancioneros manuscritos de la época: el soneto dedicado al túmulo de Felipe II en Sevilla, del que el propio Cervantes se hace eco en el *Viaje del Parnaso*, y que puede leerse en nuestra antología:

Yo el soneto compuse que así empieza,
por honra principal de mis escritos:
Voto a Dios, que me espanta esta grandeza. (IV, vv. 37-39)

⁹ Véase José Manuel Lucía Megías, *La madurez de Cervantes*, Madrid, EDAF, 2016.

Miles y miles de versos escritos durante toda su vida, desde los primeros conocidos —los dedicados a celebrar el nacimiento de la princesa Catalina Micaela de Austria o a lamentar la muerte de Isabel de Valois—, hasta los últimos que escribe para el *Persiles*, que solo vieron la luz después de su muerte; miles de versos que se incorporan en sus obras narrativas, que le sirvieron para ganar torneos y premios, que le hicieron soñar con mercedes entre los secretarios como Mateo Vázquez, o con los que fue testigo de su tiempo o de sus amistades dentro y fuera de la Corte literaria del momento; miles de versos en las comedias, las conservadas y las que se estrenaron en el siglo XVI en los corrales de comedia con cierto éxito. Versos que hemos conservado. Versos que le han atribuido. Versos y «otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño», y que hicieron las delicias de los lectores y oidores de su tiempo y que hoy permanecen mudas en las misceláneas poéticas de nuestras bibliotecas. Versos que acompañaron a Cervantes durante toda su vida. Como a cualquier escritor de su época. Como a cualquier amante de las letras de su tiempo. Miles de versos que solo podemos valorar y comprender desde «los patrones y contextos con los que escribió sus poemas», en acertadas palabras de José Montero Reguera¹⁰.

Solo llegaremos a acercarnos al Cervantes escritor en el momento en que reivindicamos y comprendamos al Cervantes lector, a los lectores con los que Cervantes, como todos los autores de su tiempo, estaba estableciendo su particular diálogo creativo, literario. Adentrarse en los archivos de la Monarquía Hispánica para encontrar inútiles partidas de bautismo de personajes lite-

¹⁰ Que hago más: «Sigo convencido, por otra parte de que para comprender a Cervantes como poeta hay que hacerlo desde los patrones y contextos con los que escribió sus poemas; llevarlo a cabo solo con nuestros ojos de lectores del siglo XXI como si aquellos, a la zaga todavía del juicio de Menéndez Pelayo, fueran una sombra apenas perceptible del *Quijote*, solo conduce a una minusvaloración de facetas verdaderamente importantes para Cervantes, un escritor que vive más allá de su novela más universal» (ob. cit., 2021, p. 23).

rarios como un medio para comprender las claves literarias de Cervantes es un camino metodológico que solo lleva a la creación de monstruos interpretativos. Para comprender a Cervantes hay que leer la literatura de su tiempo. Para leer a Cervantes hay que comprender lo que en su tiempo se estaba leyendo, se estaba escribiendo, se estaba esperando. Solo en el contexto de su obra y de las obras coetáneas, nosotros, lectores del siglo XXI, podremos adentrarnos en los caminos de experimentación y de creación que transitó Cervantes a lo largo y ancho de su obra.

MIGUEL DE CERVANTES, INVENTOR POÉTICO: EL OVILLEJO

Pero si Miguel de Cervantes demuestra estar al día de novedades métricas, que va a incluir en sus obras en un alarde de dominio poético, también él será creador de una nueva estrofa, el *ovillejo*, que emplea tanto en el *Quijote* (I, cap. 27) como en su novela ejemplar *La ilustre fregona*¹¹. El *ovillejo* consta de diez versos: siete serán de ocho sílabas (los más comunes en el español, los más populares, aquellos que constituyen la base del romancero), y tan solo tres que contendrán tres sílabas (extraños en la tradición métrica hispánica), que constituyen la respuesta a las tres primeras preguntas; respuestas con las que se construye el último de los versos de la estrofa. Puro artificio, muy del gusto del manierismo que terminará triunfando a principios del XVII. Pura maestría, como se verá en los seleccionados en nuestra antología.

Filipe Nunes, en su *Arte poética y da pintura* que publica en 1615 en Lisboa, será el primero en dar cuenta de esta estrofa cervantina¹², así como también elogiará los «versos de cabo roto», que

¹¹ Véase el esclarecedor estudio de José Domínguez Caparrós, *Métrica de Cervantes*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.

¹² Ahora no es el momento de profundizar en el tema de la difusión y trascendencia de esta estrofa, sobre todo por su origen cervantino, desde 1615 que es citada en el estudio de Filipe Nunes hasta bien entrado el siglo XX, con ejemplos de Calderón de la Barca, Sor Juana Inés, Zorrilla o Rubén Darío, sin olvidar una nutrida representa-

aparecen en los poemas preliminares de la primera parte del *Quijote*, que aparecen también en la *Pícara Justina* (1605) y cuya autoría se atribuye a Alonso Álvarez de Soria un año antes. Pero, sin duda, su aparición en la obra cervantina ha hecho posible que este artificio métrico haya tenido un desarrollo en la literatura en español.

De este modo, el poeta Miguel de Cervantes no solo sobresale por su dedicación a la poesía desde sus primeros escritos hasta los últimos, sino también por su capacidad de innovación, de invención métrica, y de un reconocimiento en su tiempo mucho mayor que el que le proporcionó el *Quijote*, los dos *Quijotes* de 1605 y de 1615.

La consideración dispar de las obras cervantinas a lo largo de los siglos —en un equilibrio inestable en los primeros años, donde sobresale el éxito editorial de las *Novelas ejemplares* y, sobre todo, del *Persiles*, que contrasta con el fracaso editorial de la segunda parte del *Quijote*—, que terminará por destacar el libro de caballerías por encima del resto de sus obras, han distorsionado completamente el programa literario de Cervantes, un programa que tiene su culminación en las obras terminadas y publicadas en los últimos tres años de su vida, y en el que el *Quijote* de 1615 termina siendo un «intruso vital» frente a la vida de papel que había proyectado y anunciado Cervantes en los preliminares de las obras que por aquel entonces publicaba¹³.

REIVINDICACIÓN DEL POETA MIGUEL DE CERVANTES

En 1962, publica Luis Cernuda un trabajo esencial, a contracorriente de la opinión de la época: «Cervantes, poeta», en que

ción de poemas políticos y populares. Véase Antonio Alatorre, «Perduración del *ovillejo* cervantino», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII (1990), pp. 643-674.

¹³ Para más detalles de su programa literario, de la vida de papel que había diseñado Cervantes en los últimos años de su vida, véase José Manuel Lucía Megías, *La plenitud de Cervantes*, Madrid, EDAF, 2019.

reivindica la necesidad de volver a leer a Cervantes, al escritor pleno, sin los prejuicios críticos del pasado, sin ese empeño en comparar su grandeza novelística como sus limitaciones poéticas:

Cervantes era mayor poeta en verso, no me cabe duda, de lo que sus contemporáneos creyeron y dijeron. Si es manifiesto que en *Don Quijote*, las *Novelas*, el *Persiles* y *La Galatea*, es el mayor poeta de nuestra lengua, supone considerable falta de respeto, y de atención a quien él es, no examinar nuevamente esa cuestión con interés diferente y menos viciado que aquel con el que se le ha venido observando hasta ahora. Porque semeja que Cervantes era poeta más original y valioso de lo que se cree, tanto como poeta lírico que como poeta dramático¹⁴.

¿Cuántos versos escribió Cervantes? ¿Cuántos se han difundido sin que se dejara constancia de su nombre y cuántos otros aparecen en tantos códices misceláneos o en tantos cancioneros con su atribución sin que él nunca pusiera en ellos su tinta, su genio?

En 1580, Pedro de Padilla publicará su *Tesoro de varias poesías*¹⁵, y en el prólogo al lector, además del uso de varios tópicos literarios —que tienen su eco en algunas de las opiniones cervantinas sobre sus propios versos con las que comenzábamos este prólogo—, adelanta que lo hace porque ha visto cómo andan huérfanos algunos de sus poemas por aquellos años:

¹⁴ Puede leerse en *Poesía y Literatura*, Barcelona, Seix Barral, 1971.

¹⁵ La obra es una de las pocas que se salvan en el escrutinio de la biblioteca de Alonso Quijano en el capítulo 6 de la primera parte del *Quijote*. Y lo hará con estas palabras, donde el cura se reconoce amigo suyo: «—Este grande que aquí viene se intitula —dijo el barbero— *Tesoro de varias poesías*.

—Como ellas no fueran tantas —dijo el cura—, fueran más estimadas; menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene. Guárdese, porque su autor es amigo mío, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito». (I, cap. 6).

Aunque esta obra, por no tener determinado sujeto, no tenía necesidad de prólogo o prefación alguna, he querido, discreto y curioso lector, hacer esta para disculpar la temeraria osadía de haber sacado a luz estas imperfectas y mal limadas poesías, entre las de tan ilustres y famosos poetas, como en este tiempo florecen. Ello no ha sido perderme de confiado, porque sé la poca razón que tengo de serlo, sino lástima de ver algunos hijos de mi pobre entendimiento tratados menos bien que merecen, de muchos que no siendo sus padres los han hecho hijos adoptivos, para solo destruirlos. Y temeroso de que faltando yo se hiciese lo mismo con los que me quedaban, quise más sujetarlos a la piadosa censura de los buenos entendimientos, que dejarlos a elección de quien sabrá mejor acabarlos de hacer imperfectos, que corregirlos y perfeccionarlos¹⁶.

Al hacer su retrato literario al inicio del prólogo de las *Novelas ejemplares* de 1613, Miguel de Cervantes destaca las obras publicadas o que tiene a punto de publicar en esos momentos: «este digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, a imitación del de César Caporal Perusino», a los que añade esta coletilla: «y otras obras que andan por ahí descarriadas y, quizá, sin el nombre de su dueño». Muchas de ellas, versos y más versos.

Versos que acompañaron a Cervantes hasta el final de sus días, y que le permitieron escribir, al final del prólogo de su *Persiles*, la obra en la que estuvo trabajando hasta los últimos momentos en su vida de papel, esta despedida: «¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!».

Una despedida que tiene ecos de esa otra que el personaje Cervantes en el *Viaje del Parnaso* evoca al despedirse de Madrid:

¹⁶ Cito por la edición de Virgilio López Lemos, México, 2006.

«Adiós», dije a la humilde choza mía;
«adiós, Madrid; adiós tu Prado y fuentes,
que manan néctar, llueven ambrosía;
adiós, conversaciones suficientes
a entretener un pecho cuidadoso... (I, vv. 115-119)

Versos que, en ese juego que es la literatura, el conocimiento de la literatura de su época, evocan unos versos de Garcilaso de la Vega en su *Égloga* II:

Adiós, montañas; adiós, verdes prados;
adiós, corrientes ríos espumosos;
vivid sin mí con siglos prolongados (II, vv. 638-640).

Cervantes, poeta, una vez más reivindicado.

Al dulce y agradable arte de la poesía, que Cervantes comenzó a escribir desde su juventud y que no abandonará hasta su último aliento, está dedicada nuestra antología. Una sombra de los más de treinta mil versos que hemos conservado de Cervantes, inmersos en algunas de sus obras narrativas y teatrales, o difundidos de manera manuscrita, muchos de ellos anónimos.

Esta antología ha de leerse como lo que es: una reivindicación del poeta Cervantes, ese inmenso escritor que nos sigue sorprendiendo en el siglo XXI en todos los géneros a los que se acercó, desde la narrativa a la poesía, sin olvidarnos del teatro.

Vale.

MIGUEL DE CERVANTES

Poesía